

## TRADUCCION de SERAFIN J. GARCIA



(DEL PROLOGO DE LA VERSION ESPAÑOLA)  
QUE PUBLICARA EDIT. INDEPENDENCIA.

Graciliano Ramos es ante todo, por natural e ineludible aptitud, un certero explorador de conciencias. Toda su obra acusa el ansia de aprehender las raíces más ahincadas del humano drama, de conectar su sensibilidad creadora con el estrechado centro de la pena del hombre.

Tal aptitud ha hecho que se le compare a menudo con Dostoiewski. Y a fe que su categoría de narrador soporta gallardamente el responsable y difícil parangón. Del atormentado cuanto genial novelista ruso tiene el autor de "Angustia" la seguridad introspectiva y el agudo poder de captación psicológica. Y su meta fundamental es, al igual que la de aquél, ese complejo subsuelo anímico de toda criatura humana que está situado más allá del bien y del mal, vale decir la ciega raíz de ciertas fuerzas primarias y elementales, determinantes de actos e impulsos que rebasan el análisis normal de la razón.

Toda la obra de Graciliano Ramos trasunta, por otra parte, una muy seria preocupación social. Y esa preocupación se manifiesta especialmente en "Angustia". El Luis da Silva que transita por la novela encogiéndose, disminuido por su torturante complejo de inferioridad, desplazado de sus mínimos asideros vitales, arrastra consigo un poco de la pena de todos los seres como él, que forman legión anónima e inmensa. Y como contrafigura de su miserable destino se yergue Julián Tavares, resumiendo en su adiposidad grosera y en su desenfrenado sensualismo a las minorías usufructuarias que aún señorean en el mundo, validas de su fuerza económica, y a las que, como el personaje de marras, habrá que echar también la soga al cuello para que no obstruyan el camino de la humanidad.

Ni el realismo descarnado de algunas escenas de "Angustia", ni la crudeza sin velos de su lenguaje, obedecen a esa predisposición morbosa tan común en los escritores tropicales. El novelista usa las rudas palabras prohibidas con la misma pureza de intención con que recurre a aquellas más inmaculadas. Porque él trabaja con la intimidad de sus criaturas, situándose allí donde no alcanzan los barnices del tartufismo moral.

En Graciliano Ramos, el hombre y el escritor se corresponden y se complementan. Por estar junto al pueblo, llevado por la responsable firmeza de su conciencia, sufrió el autor de "Angustia" torturas y vejámenes en las mazmorras del "ESTADO NOVO". Pero ni la violencia, ni la crueldad, ni la afeción que contrajera en la cárcel, lograron doblegarlo. Continúa del lado de los que luchan por una vida más hermosa y más justa. Y, con ser tan altas las demás que ostenta, esa es sin duda su mejor credencial.

Cuando Julián Tavares entraba al café yo iba a sentarme lejos de él, volviéndole la espalda; pero observaba con disimulo el espejo cubierto de letras blancas. Afectaba desprecio. Aparentemente ignoraba la existencia de aquel hombre. Veía, empero, las manchas de sudor de los sobacos, los ojos abogados, el cabello lustroso, la blanda papada, los enormes carrillos, todo ello cruzado por trazos blancos que anunciaban bebidas. Si alguien me hablaba, yo respondía con una interjección cualquiera, con aquella voz salvaje y gutural oída antiguamente a los tangerinos y que nunca olvidé, a pesar de los años de ciudad. Mientras emitía, distraído, esos gruñidos ásperos y extraños, leía los anuncios escritos en el espejo. Sacaba letras de las palabras más largas y construía nuevos nombres.

Este ejercicio llegó a hacerme un hábito del que no me puedo librar. Cuento con los dedos las combinaciones que van surgiendo, en series de veinte, correspondientes a ambas manos abiertas o cerradas. Cuando hay muchas vocales, obtengo sesenta, ochenta, a veces hasta cien o más palabras. Aplico el sistema a los letreros de los comercios, a los carteles de los cinematógrafos, a los títulos de los libros y de los diarios. Ese pasatiempo idiota me produce una especie de anestesia. Olvido las dudas y las humillaciones. Dejo de pensar, o al menos no pienso en una sola cosa. Pero advierto perfectamente lo que ocurre en redor. Poco a poco aparecen señales de impaciencia: se aprietan los dedos, las uñas hieren la palma. Y me enfurezco al ver que estoy perdiendo tiempo con semejante estupidez. Pero ni aún así interrumpo las cuentas emprendidas.

Allí, sentado en un rincón, vuelto hacia la pared, sentíame distante del mundo. Sólo veía las letras blancas que cruzaban la cara roja de Julián Tavares. Recordaba los dibujos impresionantes que se trazan en el rostro los salvajes, y la costumbre que tienen los cangaceiros de marcar a sus enemigos con un hierro candente. De los letreros blancos surgían a veces nombres que podían aplicarse muy bien a Julián Tavares. Si yo fuese un cangaceiro y encontrase a aquel hombre en un camino, me lo llevaría a la capoeira y le imprimiría en el hocico, con hierro al rojo blanco, algunas de aquellas letras que le surcaban las ropas y la piel. Alzaba distraído la taza, derramaba azúcar en el platillo o en el mármol, bebía el café maquinalmente. Los trazos de albayalde daban un aspecto de zebras a las personas que transitaban por la calle. Seguramente Marina surgiría entre ellas, de un momento a otro...

Desde que Julián Tavares dejó de frecuentar la casa vecina, cualquier ausencia de la muchacha traíame la sospecha de que ambos iban a encontrarse por ahí.

Me encasquetaba el sombrero y la seguía solapadamente, ocultándome, pegándome a las paredes, temeroso de que aquel espionaje fuera descubierto. Sin duda habían reanudado las relaciones. El hombre gordo iba a aparecer en cualquier esquina para dar el brazo a su amante y llevarla a una casa de citas. Pero la sospecha se desvanecía. Marina andaba por la calle como las demás mujeres, mirando vidrieras, entrando en las tiendas. Yo la esperaba recostado a una columna. Instantes después la persecución recomenzaba. Y así hasta que ella volvía a su casa. Yo me sentía a un mismo tiempo aliviado y defraudado. Estaba visto que irían a reunirse en alguna parte. Reprochábame el no haber prestado la suficiente atención a la calle. Seguramente se me habría escapado una puerta entornada, una escalera sombría donde aquella sinvergüenza concertaba sus citas con el amante. Y sentía deseos de volver a examinar los alrededores, las esquinas, los árboles de la calle Augusta... Estaba convencido de que mientras yo espía a Marina Julián Tavares me espía a mí desde lejos, deteniéndose y ocultándose a su vez.

Allí, en el café, con el diario enrollado sobre el mármol, la mano gorda y corta distribuyendo saludos, la sonrisa en los labios gruesos, se acaramelaba con las muchachas que pasaban por la vereda. Tras las letras blancas del espejo, la cara redonda se encendía, hinchábanse los blandos carrillos, los azules ojos pugnaban por atravesar las ropas y meterse en el pecho de las mujeres.

Yo llevaba la mano al bolsillo en busca de un cigarro y sentía en los dedos la aspereza de la cuerda que había dejado allí, desde aquella tarde, mezclándose a los pitillos sueltos y machucados.

Las letras de los anuncios desaparecían y toda mi atención se concentraba en Julián Tavares. Recordaba nuestro primer encuentro en el Instituto. El hacía frases altisonantes sobre la bandera nacional. Al salir me daba un empujón, me sostenía por un brazo para impedir el golpe y buscaba intimidad conmigo al instante. Media hora más tarde me exponía sus proyectos de reforma:

—El país necesita de esto y de aquéllo.

—Yo en seguida me dí cuenta de que el señor era patriota...

Allá estaba fastidiando a otro, con el codo en el mármol, la voz aceitosa, el ojo derramado sobre las mujeres. Yo me agitaba, hacía rechinar los dientes, soltaba obscenidades. No había que dar importancia alguna a aquellas bestias. Que se fuesen al diablo! Habían dormido juntos. Ella estaba preñada. Muy bien! Ahora, a criar el vientre, parir, desprenderse del hijo y rumbear para la calle de Lama, a prostituirse. ¡Un hijo en la bariga! ¡Un hijo de aquel bandido! ¡Tan indigna era ella como él!

Y apretaba con fuerza la cuerda. Cuando retiraba la mano del bolsillo, veía en los dedos las huellas originadas por aquel apretón. Marcas hondas y violáceas sobre la piel sudada. Y mi mayor deseo era dar un salto y pasar una de las vueltas de la cuerda por el cuello del hombre.

El Jefe de Policía estaba allí tomando café, cabizbajo, sin duda preocupado por algún intríngulis profesional.

¿Qué podía ocurrirme? Ir a la cárcel, ser procesado y condenado, perder el empleo, cumplir resignadamente la condena. La vida de la prisión no iba a ser peor sin duda que la que estaba viviendo. Claro que en la prisión las puertas son negras y sucias, como lo son también los muebles y las rejas. Es lo que me amedrenta. Aquel moño, aquel tufo y aquel olor horribles; aquella sombra que transforma a las personas en sombras; aquel fluctuar de cosas impalpables, de almas del otro mundo... Me estremecía sólo de imaginarme allí. Siempre me han repugnado las rejas sucias. Me lavo las manos infinidad de veces al día. Lavo también la pluma antes de escribir. Tengo horror a las presentaciones y a los saludos en que es preciso estrechar manos que no sé dónde anduvieron, manos cuyos dedos han estado hurgando tal vez entre los muslos de cualquier Marina. Necesito mucha agua y mucho jabón. Vivir tras aquellas rejas pringosas, pisar aquel suelo húmedo, cubierto de gargaras sanguinolentas y de lodo, me resultaría un martirio. Pero la vida que llevo acaso sea peor. No tenía miedo de la cárcel, no. Si me diesen agua para lavarme las manos me animaría a soportarla. No importaba que el resto del cuerpo estuviera sucio, que los piojos tomaran cuenta de mi cabeza y que las ropas mugrientas y rotas cubrieran mal mis carnes heladas. Si dispusiese de agua para las manos todo sería tolerable. ¿Pero me darían el agua que necesitaba? La cara del jefe de policía era triste. Quizás viviera una vida tediosa, carente de atractivos. Quizás experimenta también necesidad de algo, una necesidad cualquiera que lo hiciese comprender la mía de lavarme las manos. Decididamente, la policía no me inspiraba temor.

¿Miedo de Julián Tavares, acaso? No había ningún motivo. Julián Tavares trataría de levantarse de la silla, golpearía con los brazos en la mesa y rompería la taza del café. Los rojos carrillos se tornarían violáceos. Los ojos rodearíanse de círculos amoratados. Los labios, amoratados también, y tumefactos, se abrirían dejando al descubierto los dientes de ratón y la lengua gruesa, oscura. Los movimientos de las manos se irían aminorando hasta acabar en contracciones casi imperceptibles. Se inmovilizarían los dedos sobre el mármol, al fin. Dentro de los zapatos, las uñas de los pies irían también volviéndose moradas. Un alboroto. Mesas caídas. El agente de guardia bajo el Reloj Oficial, pitando. Gente corriendo por la calle, a gritos...

¿Miedo de la opinión pública? No existe opinión pública. El lector de diarios fluctúa entre un montón de opiniones encontradas. Asevera esto, admite aquello, se aturulla y no sabe a la postre para qué lado inclinarse. Oyéndolo, pienso en el tiempo en que los hombres no leían periódicos. Pienso en Philippe Bernigou, que tenía cierto número de ideas bastante firmes; en el viejo Trajano y las suyas, muy escasas; en mestre Domingo, que carecía totalmente de ellas y vivía feliz... Y lamento este batarro, esta torre de Babel en que se confunden los parroquianos del café. Me dan ímpetus de gritar:

—¡Ellos escriben así porque tienen orden de hacerlo! ¡Mañana dirán lo contrario si les pagan para que lo digan! ¡Todo es venalidad y acomodo!

Aborrezco a los charlatanes fastidiosos que sólo sirven para sembrar confusión en el espíritu de los seus Ramalhos. Pimentel es un canalla. ¿Por qué no escribe siempre las mismas cosas? Reiptiéndose las a sí mismo, él, que en nada cree, acabaría por creer en sus artículos.

No hay opinión pública. Sólo hay pedazos de opinión, contradictorios. Algunos de ellos estarían de mi lado si yo matase a Julián Tavares. Otros estarían contra mí. La mitad de los miembros del jurado echaría en la urna la bolilla blanca en ocasión del veredicto. El resto se decidiría por la bolilla negra. Cualquier acto mío agitaría esos retazos de opinión en diferente sentido. Inútil esperar unanimidad. Un crimen o una buena acción generan idéntico proceso. Y al final acabamos por no saber qué es el bien ni qué es el mal, de tan aturullados que vivimos.

No había ningún motivo, pues, para temer la opinión pública. Pero, aún comprendiéndolo, yo tal vez la temía. Sí. Tenía miedo de todo, en realidad. Era un miedo antiguo que estaba dentro de mi sangre, que me enfriaba los dedos trémulos y sudorosos. La cuerda áspera se iba suavizando con el sudor de mis manos, que temblaban sin cesar. El látigo del capataz sobre un abuelo negro, hace doscientos años... La emboscada tendida por los blancos a otro abuelo mestizo, también muchos años atrás... Me miraba al espejo y veía, por entre las letras de los anuncios, los labios plegados, los dientes sobrepuestos, los ojos sin brillo, la frente rugosa. Buscaba los vestigios de las dos razas desventuradas. Fueron ellas quienes me volvieron la vida amarga y me empujaron a rodar por el mundo, hambriento, pordioseando, siempre henchido de sueños. No necesito de automóviles ni de radios. Viviría bien en una casa de paja. Dormiría perfectamente sobre una cama de varas, sobre un cuero de buey o en una ha-

maca de cuerdas, como Quiteria, como el viejo Trajano, como Camilo Pereira da Silva. ¿Por qué me habitué a leer papeles impresos, a escuchar el ruido de la linotipo? Nací para calzar alpargatas, descansar sobre una hamaca armada en el copiar, no leer nada o leer a lo sumo; inocentemente, la historia de Los Doce Pares de Francia.

¿Dónde estarían los descendientes de Amaro Vaqueiro? Tal vez el guardia civil del Reloj Oficial fuese uno de ellos. Si yo matase a Julián Tavares, aquel guardia civil no levantaría su casse-tête. Pitaría, simplemente. Llegarían otros que me amenazarían de lejos. El guardia civil no tiene coraje. Si lo tuviese no estaría mirando los automóviles horas y horas, junto al Reloj Oficial. Ocuparíase de devastar fazendas, incendiar casas, desflorar muchachas blancas, ahorcar propietarios en los gajos de los joazeiros. Los sertanejos fuertes se han rebelado y andan por ahí matando, robando, violando, casi en estado salvaje, sucios, los cabellos largos, el cuerpo adornado con abalorios, los sombrerones de cuero cubiertos de medallas, las cartucheras enormes y pesadas. Ningún respeto a la autoridad. Si un oficial de policía se aventura en sus dominios, muere en alguna celada. Y si no muere, le ocurre algo peor: lo llevan hasta la capoeira y lo torturan. Los campos están desiertos. El ganado negreando de garrapata. Los hombres valientes han cogido un rifle y se han amarrado una cartuchera al cinto. El guardia civil del Reloj Oficial se vino a la ciudad y consiguió un empleo. Es un sujeto flaco como yo. Y



como yo civilizado. Si hay un hecho de sangre en la calle, pitará. Si hay una huelga en las fábricas y le mandan hacer fuego contra los huelguistas, obedecerá temblando. Las huelgas terminarán. Y él volverá a ocupar su parada, flaco, triste. Es poco más o menos como yo.

Bostezo y confecciono una literatura ordinaria, de encrago. Sé que estoy cometiendo una vileza. Y pienso en lo que sucederá después. Cuando estalle la revolución social, ¿utilizarán mis habilidades de escritor? ¿Y el guardia civil? ¿Continuará junto al Reloj Oficial, mirando los automóviles, pitando en caso de necesidad? ¿Y Julián Tavares, patriota y versificador? ¿Para qué podía servir Julián Tavares? Ahora era un personaje importante. Tavares y Cía., negociantes de seccos e molhados en la calle Comercio, eran unos ratones. El señorón oficial que visitaba a Doña Mercedes a media noche, debía mucho a Tavares y Cía. Y Julián Tavares era importante. Daba miedo pensar en matar un sujeto tan importante como Julián Tavares.